

y en las fuerzas ó virtudes de ella, dichas racionales, conviene á saber: Razón, Voluntad y Memoria, resplandece la imagen de la Santísima Trinidad. Pero según el hombre superior, ó simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu, ó íntimo, ó mente ú hondón, como ya has oído, la cual es dotada de tanta nobleza, que no hay palabras con que esto se pueda declarar. Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir, ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su inmensidad y grandeza; y aquí tiene Él su pacífica morada, como en el mismo cielo; ni es necesario que le vayamos á buscar fuera de nosotros cuando quisiéremos hablar con Él; porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oírnos y para hacernos merced; aunque algunas veces tan disimulado como si no estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí á Él todas las fuerzas de nuestra ánima, con singular atención y reverencia. De este espíritu, ó íntimo, ó centro, ó ápice del ánima, proceden todas las fuerzas de ella, no de otra manera que los rayos proceden del sol y á él vuelven como á su original principio, y esto mediante la obradora caridad y verdadera intención á Dios. Bienaventurado el hombre que supo conver-

tirse á este centro con perfecta resignación, porque vale más una hora de este ejercicio para alcanzar perdón de pecados y montones de gracias, que muchos años de otros, por muy altos y aprobados que sean. Tales cosas obra Dios en el alma, así convertida, que ella misma no las comprende. Pero con los que ciegan estas facultades y fuerzas interiores, ningún trato ni comunicación tiene, que es la mayor miseria que puede padecer la criatura racional.

## § V.

DISCÍPULO. Verdaderamente me tienes suspenso y fuera de mí con lo que me has dicho; porque nunca entendí que dentro de nosotros hubiese tan grandes riquezas, ni ese centro tan admirable y de tanta codicia.

MAESTRO. Muy pocos hallarás que sepan esto, porque todos los más, como ya dije, son dados á exterioridades, sin hacer caso de entrar dentro de sí mismos á investigar este tesoro y conversar con aquel Señor que dice: « Mi reino dentro de vosotros está ».

DISCÍPULO. Parece que con lo dicho fácilmente entenderé el mandamiento del amor, que tan dificultoso se me ha hecho siempre.



Y si tuvieses por bien declararme algo acerca de él, recibiría mucha consolación.

MAESTRO. Amar á Dios de todo corazón es amarle de toda tu voluntad y deseo : de manera que ninguna cosa apetezcas ni quieras contra Dios, fuera de Dios, ni sobre Dios. Digo que echadas de tu corazón todas las criaturas, se lo has de ofrecer todo al Criador, para que sólo y á solas le posea. Amar á Dios de toda tu alma es amarle con todo el hombre animal, teniendo á raya todos los cinco sentidos y apartándolos de todo deleite y de toda obra que pueda ofender los divinos ojos; de manera que has de usar de ellos, no para pecar, ni para deleitarte, sino para honra y gloria de tu Señor Dios. Amar á Dios de toda la mente es perseverar con entendimiento sano en la verdadera fe, muy confiado de Dios y sin vacilar, ni sustentar opiniones falsas, ni pensar en ellas, ó hablando conforme á la doctrina que te ha dado. Amar á Dios de toda la mente es andar dentro de tí mismo, atento siempre á él, con un puro y sincero amor, sin mezcla de otro extraño ó adulterino, pues nos consta que otro que Dios no puede henchir nuestra alma. Al fin, le has de amar con todas tus fuerzas ; porque todas las que hay en tí, interiores y exteriores, se han de emplear y consumir según su altí-

simo beneplácito, sin alguna contemplación de interés propio, como cosa principal en el amor, que bien se puede y debe esperar la gloria y otros bienes y mercedes que suele Dios hacer á sus amigos. En una palabra, quiero que sepas, que las muchas de este mandamiento, ninguna otra cosa te dan á entender sino que Dios nuestro Señor te quiere todo para sí, sin que para otra cosa criada quede lugar en tí que pueda hacer guerra ó contradecir á su voluntad; y es de manera necesario desembarazarte de todas las cosas, para que more Dios en tí como en su templo, que no es posible quedándote tú en tí, hacer Él en tí su morada. ¿Nunca has visto aposentarse un gran Príncipe, entrando en una aldea, de camino, en casa de un labrador rústico?

DISCÍPULO. Sí he visto.

MAESTRO. Pues de la manera que para entrar el Príncipe en la pobre casilla del labrador, el labrador se sale y la desocupa de todas sus alhajas, sin quedar ninguna, grande ni pequeña, porque el Príncipe trae consigo el ornato y aderezo dignos de su persona; así para morar Dios en una alma quiere que se desocupe primero del amor de todas las criaturas y de sí misma. El Eclesiástico dice: «Escribe en tu corazón la sabiduría en el tiempo de la vacuidad ó vacante, y mira bien



que el que más se desocupare de negocios, ese será más lleno de ella». Llano es que la sabiduría que sabe y engorda al alma, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, se recibe mejor cuanto más vacío y desocupado tenemos el corazón, no sólo del amor de las criaturas, sino de los actos de los sentidos interiores y exteriores; porque, éstos retirados y en silencio, el espíritu puro vuela á su Criador, y sufre en este tiempo la operación del Espíritu Santo, que obra grandes maravillas en el alma, así desembarazada y vacía. Primero que este divino Espíritu en el principio del mundo viniese sobre las aguas y las fecundase y produjese tantas vidas, se dice que la tierra estaba vacía ó vacante; que es decirnos, hablando al hombre interior, que la tierra de nuestros corazones se ha de vaciar y desembarazar de toda criatura, para que pueda recibir mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios. ¡Qué vacío tenía su corazón aquel que, tratando de la caridad é imperfecto conocimiento, decía á los de Corinto: «Cuando viniese lo que es perfecto, evacuarse há lo que es en parte y poco. Cuando yo era pequeño, hablaba y sabía y pensaba como pequeño y niño; pero después que fuí hecho varón, evacué y desembaracéme de las cosas que eran de pequeño». Todo es poco y niñería

todo lo que no es Dios; y el conocimiento que se tiene por las criaturas es como tiniebla respecto del que Dios infunde en el alma desembarazada y libre de ellas: y en verdad que es niño cualquiera que juega con estas cosas transitorias en su entendimiento y le da lugar en su corazón, y que para ser grande les ha de dar de mano y desocuparse para sólo el Criador. El profeta Jeremías, y en consonancia de él el Santo Rey David, dicen que delante de Dios, conviene á saber, puestos en el lugar de la oración, hemos de derramar como agua nuestros corazones; como si dijeran, de suerte que nada les quede dentro, ni pensamiento, ni afición de las criaturas, sino que á solas lo hagamos con su Majestad; lo cual no se entendiera si dijera como aceite ó miel, etc. En el Salmo 138 se escribe: «La noche es mi alumbramiento en mis deleites». Y á mi ver, lo que en el sentido espiritual dice esta letra es, que en la privación del actual conocimiento de las criaturas, que esas son tinieblas, como lo dijimos en el capítulo XV de ellas en *Los Triunfos*, están los deleites y gustos suavisimos del alma del contemplativo: cuya voluntad está en este tiempo actuada, y obrando, ó recibiendo, por mejor decir, grandes regalos y riquezas de su Esposo celestial. Para significar Dios este des-



embargo del corazón, mandó en su antigua ley, que el altar donde ardía el fuego perpetuo de los sacrificios estuviese hueco y vacío. Para que esto se entienda, sobre todo lo dicho hace lo que pasa en el Santísimo Sacramento del altar, que como á la voz del sacerdote, la sustancia de pan desampara su casa y sucede el cuerpo de Cristo, quedando sólo los accidentes de pan; porque en lo sustancial, después de la consagración, es cuerpo de Cristo, y en lo accidental es pan; quiero decir, que ninguna sustancia hay allí de pan, sino solo los accidentes, que por eso se llama transubstanciación; así quiere Él que á la voz suya, con que nos llama y convierte á sí, las criaturas todas, y nosotros mismos, salgamos juntamente de nosotros, dejando para Él libre y desembarazada la posada; como lo hizo aquel divino Apóstol, que se atrevió en carne mortal á decir: «Vivo yo, ya no yo; vive en mí Cristo»; que es como si dijera: En lo espiritual, lo accidental tengo de hombre; mas lo sustancial de Dios. Tales nos quiere Su Majestad para sí, que accidentalmente seamos hombres y sustancialmente dioses, regidos por su Espíritu y conformes á su beneplácito; para lo cual impide toda criatura que con amor desordenado se posee y ama. Porque como dijo un Profeta: «El lecho de nuestro

corazón es angosto y no caben dos en él», y el palio del amor es breve, y no alcanza á cubrir más que á uno.

DISCÍPULO. Parece que quieres decir, que los justos dejan de ser hombres y son dioses por esencia; como por virtud de las palabras de la consagración deja el pan de ser pan y es cuerpo de Cristo.

MAESTRO. No digo tal cosa, porque yo voy hablando de transformaciones de amor, las cuales todas son accidentales; que amando yo á Dios no dejo de ser lo que soy cuanto á la esencia, sino accidentalmente. Digo que el alma transformada en Dios por amor, más vive para Dios que para sí; porque no ya lo que le pide el hombre exterior, sino lo que Dios le ordena, quiere y sigue. Y como el alma está más donde ama que donde anima, síguese que es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir, que los justos accidentalmente son hombres, y sustancialmente dioses, pues por su divino espíritu son regidos y viven; como el hierro caldeado se queda hierro, aunque vestido de las calidades de fuego, pareciendo más fuego que hierro por esencia; aunque verdaderamente no lo es sino por participación, como los justos son dioses.

DISCÍPULO. Admirable doctrina es esta,



por cierto, padre mío, sino que se me asientan mal dos cosas: la primera, que pueda yo vivir sin mí, como se dice que vivía el Apóstol; la segunda, que siendo el ánima racional no más que una, tenga tantas facultades y haga tan diferentes oficios como si fueran muchas ánimas.

MAESTRO. Bien dices que es una en cuanto á su esencia y sustancia; y siguiendo la doctrina de Scoto y de otros parisienses, no hay distinción real entre ella y sus potencias. Santo Tomás dice, que hay distinción real entre el ánima y sus potencias; las cuales, consideradas con diversos respectos, una vez las llama accidentes, otra casi propiedades naturales de la misma ánima.

DISCÍPULO. Dejemos, si te parece, esas diferencias para las escuelas, y digamos con Isidoro, que las potencias de tal manera están conjuntas al ánima, que son una misma cosa con ella; y que por la diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres.

MAESTRO. Ese es el parecer de Scoto, y siguiéndole por ahora, digamos que el ánima es una (como tienen todos), pero que hay en ella diversas facultades ó virtudes, las cuales le dió el Señor como instrumento para obrar; sino que con el poco uso están en nosotros confusas, y no con aquella disposición que

para ejercicios tan altos como éstos se requiere; y así es necesario purgarse primero, acicalarse y limpiarse. Por lo cual quiero que sepas, hijo Deseoso, que para perfectamente convertirte á Dios, el entendimiento y la razón han de servir como de ayos del hombre sensual y bestial, apartándole de todos los desordenados gustos y deleites, así de pensamientos y palabras como de obras, para que de esta manera alcances la perfecta mortificación y negamiento de tí mismo, y traigas á tal punto este hombre, que de ahí adelante no obre por los sentidos exteriores, ni se derrame más por las criaturas, sino conforme á lo que la recta razón dictare, y entendieres ser voluntad de Dios. Esta mortificación de la naturaleza te será molestísima y penosísima en los principios; pero en el acatamiento divino será aceptísima y dará de sí olor, como un suavísimo pebete y olorosísimo incienso. Conserva tu entendimiento libre de dudas perplejas, fundado en la fe católica, como ya te dije, y muy sujeto y rendido de todo en todo á la santa Iglesia. Ofrece tu voluntad á Dios por perfecta abnegación, desembarazada y libre del amor, afición ó inclinación á alguna de todas las criaturas del mundo. Y conserva cuanto te fuera posible, por la divina gracia, tu memoria vacía y desocupada de



imágenes y formas de todo lo que no es Dios; y mira bien que estas fuerzas, así purgadas todas y á una, las has de convertir al centro de tu ánima, á donde Dios mora y está presente, y allí le adorarás y reverenciarás y abrazarás con estrechísimos abrazos de entrañable amor. Ten atención que de la manera que por los rayos solares ves y conoces el sol material, así por estas fuerzas sensitivas serás llevado y adestrado al entendimiento, y del entendimiento al secreto del espíritu, y de allí, finalmente, á Dios. También sabrás que nuestra ánima está en este mundo como media entre el tiempo y la eternidad; y si elige andar á las de fuera y se convierte al tiempo, esto es, si se hace temporal, amando las cosas que lo son, olvídase, sin duda, de la eternidad, y todo lo que es divino se disminuye en ella, y se le va por alto y aleja; y como las cosas que de lejos se miran parecen á la vista más pequeñas que son, y tanto menores cuanto más lejos, y aun llegan con la distancia á no parecer lo que son, así las cosas divinas que están lejos de nuestro corazón vienen á ser juzgadas por pequeñas de los que no saben contemplar la eternidad. Y porque nuestra carne hace guerra á nuestro espíritu, tanto más penosa y molesta, cuanto por estar ella en su casa y natural asiento tiene por amigos

conjurados en su favor todas estas cosas temporales y terrenas, y el espíritu no tiene aquí su reino, sino su destierro (que sus fieles amigos en el cielo los posee), es menester armarnos contra la carne y domarla con la dura penitencia, para que desvergonzadamente no se vuelva y levante contra el espíritu. ¿Quieres, pues, concebir en tu alma una singular devoción y celo contra tí mismo? Pues haz cuenta que estás ya muerto (pues en breve, quieras ó no quieras, has de morir), y considera con esto tu alma apartada del cuerpo y junta con la eternidad, y verás luego qué poco caso haces en este tiempo de los daños y agravios que se le podrán hacer á tu cuerpo en la tierra, ó de lo que pasa en el mundo. Sinó, mira el que hicieron los mártires de los suyos, sin estar aún despedidos de ellos sus almas, con sola la consideración de que en breve los habían de dejar.

## § VI.

DISCÍPULO. Mucho me ha contentado lo que me has dicho; así cuanto á la declaración del supremo mandamiento del divino amor, como cuanto á la purificación de las fuerzas del ánima; sólo me queda de saber por ahora lo que parece que tú has dejado de industria,



que es lo primero que te pregunté acerca del vivir y no vivir de San Pablo, que es cosa que siempre me ha hecho dificultad; porque tengo por imposible que se verifiquen de un mismo hombre, en un mismo tiempo, estas palabras: vivo y no vivo.

MAESTRO. Bien me dió en qué entender ese lugar del Apóstol, cuando en nuestros *Triunfos* traté de la transformación ó muerte ó mortificación del amor; y como allí dije tanto, disimulaba con tu petición; mas pues no quieres perdonarme nada de lo que se te ofrece de duda, yo tampoco quiero dejarte con ella. San Dionisio, libro *De divinis nominibus*, cita ese lugar; y por parecerle dificultoso al discípulo lo que el maestro decía, como á tí te ha parecido, se puso muy de propósito á declararle; y entre otras cosas notables y dignas de su extático entendimiento, dice: que el amor divino causa éxtasis, esto es, que saca de sí á los que aman y no los deja ser suyos, sino de la cosa amada; y porque el del Apóstol para con Cristo era tan crecido que le hacía no ser nada suyo, ni vivir para sí, sino todo para Cristo, atrevióse á decir que vivía y no vivía, y que su vida era Cristo; que fué como si, más claro, dijera: Soy hecho Dios por amor, ó háme transformado en Cristo el amor y soy un Cristo del amor. Dos co-

sas presupone este amor extático de San Pablo, las cuales se han de considerar en cualquiera que padece éxtasis como él. La primera el sér de naturaleza, por quien se dice: Vivo. La segunda el sér de gracia, en el cual dice: No vivo, porque vive en mí Cristo. El sér de la naturaleza inficionada desfallece en esta obra; mas el de gracia crece de manera, que siente el ánima en sí más á Cristo que á sí misma. Y así cuanto á la primera vida, vive como si no viviese; porque de sóla la segunda hace caso, y en esa dice que vive. ¡Y cuánta razón hay de preciarse el hombre más de que viva Cristo en él que de vivir él! ¡Oh! si dejases obrar en tí á Cristo, ¡cómo inflamaría tu voluntad, cómo adelgazaría tu entendimiento y cómo avivaría tu memoria, para que no ya tú en tí, sino él en tí viviese, y tú fueses verdaderamente otro Cristo por amor, como San Pablo, poderoso para convertir muchas almas á su servicio, como él! Esta es aquella unión tan deseada y tan pedida, y con tantas veras, por el mismo Cristo; el cual, después de la Cena, cercano ya á la muerte, hablando con su Padre, dice: Yo, Padre mío, la claridad que me diste, conviene á saber, que sea Dios hombre en supuesto divino, díselo á mis discípulos, por la participación de mi unión, para que sean una cosa como yo y tú somos;



yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste á ellos como á mí.

DISCÍPULO. Altísimo vuelo es ese, por cierto.

MAESTRO. No ménos que de águila caudal; vuelo es que nos hace dioses en Dios y cristos en Cristo, é hijos en el Hijo, para que se verifique lo que dijo el Profeta: «Yo dije: dioses soís, é hijos del muy alto todos». De aquí vino á llamarse Cristo vid, y á nosotros sarmiento, para significar más esta unión estrechísima que quiere que haya entre él y nosotros. También se llamó levadura, porque la masa después de sazónada es una cosa con ella, y, como dicen, de su naturaleza. ¡Oh corazón distraído y vano, recógete un poco en tí mismo, ó por mejor decir, en tu Cristo, que no es otro que tú, y acaba ya de entender que de aquí adelante ninguna otra cosa has de desear que ser Dios hombre en Cristo, desfalleciendo de tí mismo, para que puedas con el Apóstol gloriarte diciendo: Vivo yo y no vivo yo; vive en mí Cristo. Y porque con esto habrás entendido qué cosa es ser sustancialmente Cristo y accidentalmente hombre, quiero decir, qué cosa es vivir más Cristo en nosotros que nosotros mismos, y cómo se cumple con aquel tan estrecho mandamiento de amor

que pide el corazón, el ánima, la mente y todas las fuerzas interiores y exteriores; bastará por hoy lo dicho, avisándote por conclusión y remate de todo, que en lo que más el alma pierde es en no tener libre la entrada á su íntimo (donde está Dios) sin el medio del amor de las criaturas. Por tanto, cualquiera que por su mucha negligencia y descuido pierde esta libertad, pierde más en una hora, de los espirituales é interiores bienes, que pudiera ganar si en este tiempo aprendiera todas las escrituras; porque todas ellas se ordenaron y escribieron para que con su ayuda nosotros fuésemos entero, interior y espiritual holocausto para Dios nuestro Señor. Por lo cual te pido cuan encarecidamente puedo, que libre de toda distracción mores dentro de tí, y recojas ó retires todas tus fuerzas y sentidos (á cuanto por la divina gracia te fuere concedido) de las acciones exteriores inútiles al secreto interior; y cerrando la puerta del corazón, contra las imágenes y fantasías vanas, que distraen el ánima, á solas mores con tu Señor Dios, que su santo templo labró dentro de tí; que quien sin medio de criatura, esto es, con pureza y simplicidad, se allega á Dios, una cosa se hace con él y es superior á todas las imágenes y formas de las criaturas; y como de allí mana la gracia, abundantemente se derrama por el



hombre, y cunde las fuerzas y potencias de su ánima; y mediante ésta, obran todas con facilidad y gusto. Aquí es donde te debes ofrecer todo á Dios y desampararte á tí mismo y darte todo, y correr como licor derretido en él, adorándole en espíritu y verdad. Y para que puedas conservar este trato interior y conversación celestial con tu Dios, mira que no te derrames ni con palabras ni con obras por los sentidos exteriores; porque cuantas más fueren las palabras y obras, tantas más serán las distracciones y los accidentes. Avísote que aquí, más que en otro ejercicio, está nuestra salud y bien espiritual; y créeme, que si constantemente morares dentro de tí mismo, que serás hecho dentro de tí sin tí. Refrena, pues, la naturaleza para que no ande distraída y vagabunda á una y á otras partes; porque ciertó es que un discurso desordenado pare á otro y otro, y muchos impiden la paz del alma. Y advierte juntamente con esto, que aun cuando por la gracia de Dios los pecados todos estén ya postrados y muertos en tí, la inclinación y el fômes perseveran siempre contigo, y con ellos has de traer guerra perpetua, mientras durare la corporal vida.

DISCÍPULO. ¿Y si no siento dentro de mí á Dios?

MAESTRO. Trabaja con todas tus fuerzas

hasta que le vuelvas á hallar, desterrando de tí todo lo que para tanto bien te fuere impedimento ó lo pueda ser, y escoge antes la muerte que hacer cosa contra la voluntad de Dios ó consentir en un pecado, por leve que sea, y no te fatigues mucho por agradar fuera de Dios á criatura alguna. Conténtate con la buena parte de María, sin dar quejas importunas como Marta, que esto no lo suelen hacer sino los que tienen poco de espíritu y de bien en sus almas. No salgas de tí, te ruego una y muchas veces, que podría ser que una hora de ausencia la pagases con muchos años de entredicho, y aun con no volver á entrar dentro de tí jamas. Conviértete sin interpolación á la soledad interior, y hablando en secreto contigo, dí de esta manera: El que yo busco, con ningún sentido ni ingenio es comprensible; pero las almas puras le pueden abrazar y recibir; esto pretendo, y á caza de esto ando; y cualquiera cosa que se me ofreciere, próspera ó adversa, tengo de sufrirla y acocearla y continuar mi camino. Nuestro Padre Fray Pedro de Alcántara se recogía con solas estas palabras: «Convertíos, alma mía, á vuestro descanso (que es al centro interior), que os espera allí vuestro bienhechor Dios»; y decía que con este verso, su alma, como corrida y afrentada de andar callejera, se cerraba dentro de



sí á la conversión de su Esposo. No seas fariseo en tu corazón, que muy pocas palabras bastan para este recogimiento, y las muchas suelen impedirle. Por tanto, calla, reposa y sufre; confía en Dios, y lo que fuere de tu parte, hazlo de buena voluntad; y créeme, que muy en breve serás maravillosamente alumbrado, para conocer las perfectísimas sendas de la vida interior. Y esto basta para que sepas andar dentro de tí, que es lo que yo más deseo que saques de tratar conmigo.

DISCÍPULO. Bendito sea Dios, que me dió tal maestro, tan verdadero y tan seguro: yo no pienso salir de esta doctrina un punto, ni cansarme en leer otros libros. Sólo te pido humildemente, que no me encubras estas sendas y caminos, que dices que hay en la vida interior.

MAESTRO. Yo, hijo, estoy muy cansado, y tú tienes bien que rumiar en lo que has oído. La noche nos convida á silencio, y es justo que le guardemos. Por la mañana trataremos de la conquista del Reino de Dios, que, como has visto, está dentro de nosotros, cuya granjería es mejor que cualquiera otra de oro y de plata; más precioso es que todas las riquezas del mundo; y cuantas cosas se pueden desear en él, son nada en su comparación. Sus caminos, caminos son de hermosura, y las sen-

das de él muy pacíficas. Quien le conquistare y ganare, tendrá dentro de sí el arbol de la vida, que resiste á la eterna muerte; y el que seguro le poseyere, será bienaventurado.

DISCÍPULO. Yo no quiero más de lo que tú quisieres; aunque sé cierto que la noche me ha de parecer muy larga con el deseo que he concebido y llevo de oírte hablar en materia tan alta. Dame tu bendición.

MAESTRO. La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

*(Y advierto al religioso y pio lector, que en sólo este Diálogo está la suma de toda la mística Teología, y que es fuente de vida perdurable y camino certísimo para la perfecta unión con Dios.)*

